

En torno a los modismos

CÉSAR PÉREZ GRACIA*

Tengo una de esas mañanas espesas y decido releer un capítulo del *Leibniz* de Ortega. Un libro escrito hace medio siglo. Hace una crítica feroz de Heidegger, flautista ontológico. Filosofar de veras viene a ser iluminar las raíces. Un oficio de topo de la razón que busca siempre la cripta de las cosas, de la razón, de la vida. Pensar es ensayar, catar, descalabrarse en el intento de conocer.

Cuando yo paseo por el Pirineo me encuentro muchos pinos a los que las tormentas dejan como en vilo y con la mitad de sus raíces al paio. Ortega dice que uno jamás ve sus propias raíces. Puede ver las de los otros ya muertos y en cuyos textos exponen sus ideas. Raíces vale

aquí como principios o razones claves que cimentan una vida y un modo de pensar. Esta faena de palpar raigones viene de Parménides hasta Aristóteles y luego se esfuma hasta rebrotar en Leibniz, volver a sumergirse como la ballena de Jonás y Melville, y aflorar de nuevo en Lisboa durante el exilio de Ortega.

Gracias a Julián Marías el Leibniz orteguiano sigue vivo para mí. No sé con qué grado de fiabilidad recojo este legado. Somos una nube de infinitas gotas, una brega constante de lo posible. He ahí una tímida y modesta exposición de la teoría de Leibniz. Ortega retoma esa visión en Lisboa y se pregunta qué afán nos impulsa a hurgar en las raíces, igual

que Sísifo, un atlante chiflado que se pasa la vida como un mendigo músico del metro, subiendo y bajando estaciones del tren subterráneo, como un Cojuelo que viese las tripas de cristal de una ciudad, de una persona. El modismo español hacer de tripas corazón es una joya. A los románticos —dice Ortega— se les subió el corazón a la cabeza y lo veían todo con razón lírica. Razón cordial. El modismo español apunta a una metáfora gastricordial surrealista. No dice hacer de cabeza corazón, sino vencer la razón visceral, las entrañas, las bajas pasiones, y conseguir imponer la razón cordial o lírica. Quizá es el modismo perfecto que retrata a Sancho Panza. El tragón que gracias a Don Quijote comprende que hay algo más que estómago.

En su *Leibniz* se refiere Ortega a las expresiones milenarias que encierran algo así como la entraña empírica de la vida. Es el tímido tesoro de los modismos que aflora a dos por tres en el habla espontánea del español. Ortega explora el subsuelo de la duda y dice que es como estar en un mar de dudas. Dice más, mucho más. Arremete contra el léxico momificado de los diccionarios y dice que la metáfora es el auténtico nombre de las cosas. Se ha pasado la vida oyendo que descalifican su obra por mor de esas metáforas y nos aclara que sus textos se dan como literatura y resulta que es filosofía.

Al tratar de calar la idiosincrasia teológica de Descartes dice una frase efusiva que concluye con un modismo cómico: los filósofos de verdad no lidian toros embolados. Es decir, no fingen resolver problemas trucados, falsos problemas. El toro de verdad tiene las puntas de los pitones tan afiladas que son como navajas de hueso, pero si los embolan, el juego pasa de tragedia a farsa. No hay cornada sino golpe seco. Nada serio. “Hay que tomar en serio —nos dice— estas expresiones de la lengua donde la Humanidad ha ido decantando su milenaria experiencia de la vida”.

Julián Marías ha explorado el costillaje o estructura empírica de la vida y sabemos —gracias a él— que un curso previsto del Instituto de Humanidades tenía como objeto los modismos. No lo hubo, pero las cosas tienen su tiempo, y quizá ahora yo me meto en un hermoso berenjenal, y lo que es peor, no doy pie con bola, o todavía peor, dejo intacto el meollo del modismo, y tomo el rábano por las hojas.

Es muy posible que el modismo sea el espejo verbal de la estructura empírica de un idioma. No sé si lo expreso con tino suficiente. Quizá toda frase fallida delata un razonamiento endeble. Es menester pensar antes de decir o escribir algo. Un ensayo previo de diálogo solitario con uno mismo.

Dicho de otro modo, nuestro idioma milenario fluye como un alambique cuyo aguardiente es el modismo. El agua calma la sed, pero un dedo de orujo es otra cosa. Satisface una sed más honda.

No parece mala idea considerar que acaso el modismo conserva lo máspreciado e intraducible de un idioma. Ponerse el mundo por montera sólo lo entiende un español. Reírse uno de su sombra, qué modismo digno de Fausto, o mejor, de Mefistófeles. Tener muchas tablas. Ortega tenía muchas tablas y no precisamente de carpintero. Pensar por medio de modismos tal vez es rizar el rizo y sacar de quicio su gracia, su eficacia espontánea. Acaso su quid o virtud está en su curso natural, en su libertad escénica. Saltar como liebres.

El peligro de estudiarlos —a los modismos— como piezas arqueológicas del idioma tiene que ver con su fuerza primordial de ser la salsa del idioma. Cuando escuchamos a un extranjero usar un modismo con calzador y con fonética renquante nos compadecemos de él, porque la gracia del modismo está en su calidad de cohete histórico, si puede decirse así, de bengalazo mágico del idioma en la sosería del presente.

El modismo nunca se chupa el dedo, tiene el pico de oro y conoce al dedillo en qué momento dar la campanada. El modismo rara vez se pillá los dedos, suele saber por dónde van los tiros.

De tal manera que el mejor método de su estudio puede que sea dejarlos a su aire y nunca ponerlos en el brete, cometer el error de arracimarlos y hacer con ellos una armada de pega.

En realidad, al modismo le encanta coronar islotes inéditos de lo que va apareciendo en el horizonte de nuestra vida. Sin cosa vírgen no hay modismo que valga un pimiento. Hace falta encarar y apechar con las sorpresas del día por descubrir. Los modismos son obuses futurizos. Les encanta brincar sobre tierra no hollada, sin huellas.

No hay palabra ni metáfora en hueco o en abstracto. Somos seres triangulados, por así decir, somos personas que al divisar el mundo usan palabras para entendernos a nosotros mismos y para comunicar con otros seres humanos. El modismo es una esquirola de triángulos remotos, un ángulo de oro de triángulos enigmáticos. Al aflorar en el presente siempre hay dos ángulos nuevos, el mundo y cada espectador novato.

Cada lengua europea tiene sus modismos o fórmulas expresivas intraducibles. No se puede traducir el modismo español: meterse en un berenjenal. Quizá el capricho de esbozar un breve ensayo sobre los modismos, sea una forma preciosa e insensata de meterse en un bonito berenjenal. Pero lo cierto es que un idioma sin audacia es la mar de soso y conviene saltarse, de vez en cuando, la rutina e inercia a la torera. En español hay docenas de modismos taurinos, claro, pero voy a eludirlos. Resulta muy facilón coger por los cuernos al torito de papel de los modismos. Lo mejor del modismo es su manera fulminante de pintar un problema, garabatear un callejón sin salida. Aquí lo que

pasa es esto y el modismo propicio salta como un gamo desde la memoria anónima y milenaria de un idioma. El modismo es un lanzazo verbal cuando las cosas se ponen feas. Un bengalazo en la noche.

Si el refrán es el aforismo vulgar, problema y solución topificados, lo atractivo y hermoso del modismo es que no sabe cómo acaba la cosa. El idioma está colmado de llagas dramáticas sin cicatrizar. Tal vez el modismo es la lengua en carne viva. Hay modismos broncos y rudos como garrotazos goyescos o cuadros de Solana —no llegará la sangre al río, dar la puntilla, cargar el muerto— y modismos suaves y hasta graciosos y salerosos, cómicos —pagar el pato, hacer el primo, llevar al huerto, tomar el olivo, pagar los platos rotos—.

Pero como los idiomas no están en adobo en los diccionarios sino que rulan y corren y discurren igual que ríos de incesante rodaje expresivo, es posible que en los modismos de antaño no quede una pluma vistosa y fresca que se entienda hoy. Lo sorprendente de los modismos es su resistencia al tiempo. Tienen coraza de tortuga para resistir el paso de elefante de los siglos. De ahí su aspecto de erizo lozano del idioma. Ahí me las den todas, parecen decir.

Un modismo cómico nos dice: ahí hay gato escondido. También se dice, cuando barruntamos algo raro, que huele a cuerno quemado. En cierta manera, el modismo nos comunica con el légamo dramático del idioma. Son como peñascos familiares de nuestro paisaje mental. Pasan los siglos y ahí siguen los viejos cerros intactos del idioma. Los Moncayos o los Guadarramas, los Pirineos o Andes del español.

Nosotros pasamos y los modismos tienen siete vidas centenarias. Son como momias dicharacheras de una locuacidad envidiable.

Los ingleses tienen un modismo tan torero que parece modismo de la Maestranza: “Like a bull in a china-shop”. Si hemos dicho que un buen modismo es intraducible, ahora no hay más remedio que forzar una de las dos lenguas. El inglés viene a decir que alguien atropella o nos lleva al retortero, como un toro en una cacharrería. Pero, claro, no es lo mismo que el miura haga cisco una tienda de botijos, que el bicharraco haga migas una tienda de porcelana. Un volcán en Sevres. Lo chocante del modismo inglés es su contraste brutal entre fuerza ciega y fragilidad exquisita. Quizá el modismo retrata a la nación.

Puede ser que el modismo sea como una burbuja semiaforística. Una semi-Bacon o semi-Hume o semi-Locke.

El modismo es la mitad de un cascarón dramático. Plantea y dibuja de maravilla el marco del problema, pero nunca su solución, como hace el refrán vulgar o el aforismo culto o ilustrado.

Hasta es posible que haya idiomas europeos más propensos al modismo y más reacios o impermeables a esa fórmula. El español hablado está repleto y abarrotado de modismos. De ahí su vigor y viveza.

Los franceses dicen “tomber de la derniere pluie”, cuando ironizan sobre quienes los toman por novatos o nuevos en algo. Hay cosas muy antiguas en el mundo, como Francia, el Sena, Carcasona, el Louvre. Y frente a ellas, está la última lluvia, la gota reciente en el paraguas, el recién llegado a París, el viajero alelado.

Saint-Simon usa el modismo “pot au noir”, igual que nosotros decimos cajón de sastre, maremagnun, zancocho. Una olla ciega.

En Italia dicen “terra a terra”, cuando significan el colmo de lo real y tangible. Pisar tierra, decimos en español, para certificar la validez de

una cosa. Terra a terra es pisar dos veces tierra italiana, quizá porque tiene terremotos y volcanes y su tierra tiembla.

La riqueza de modismos de nuestra lengua es una constante sorpresa. Sin darnos cuenta, el modismo brota de nuestra memoria y habla por nosotros. Si estoy preocupado por algo, resulta que llega un momento en que sin saber cómo, salta el modismo feliz: estar en ascuas.

El modismo viene como anillo al dedo —otro modismo— y alumbra la desazón con su fórmula expresiva radiante. Es la sensación de sentirse fanal personificado del idioma. En el corazón del modismo atinado y espontáneo, el yo tiene algo de sombra o guiño irónico. Pero cuando el modismo es recio y fogoso, tremendo y dramático, la pasión domina y la identificación es absoluta. No hay holgura posible entre el yo y el modismo. Son la misma cosa. Estoy en ascuas. No me llega la camisa al cuerpo. ¿Qué me pasa cuando me expreso así, cuando no tengo más remedio que recurrir a tales modismos de arrebato vital? Estoy en vilo. Los modismos se arraciman como enjambre de espejos del idioma y refulgen hacia dentro y hacia afuera. Se completan y refuerzan unos a otros como moscas a la miel.

Cervantes utiliza el modismo majar en hierro frío, para expresar la teoría del esfuerzo vano quijotesco. Llover sobre mojado. Caérsele a uno los palos del sombrero. Cada modismo requiere su meditación que lo vislumbre o adivine su otra mitad pendiente y futura. Los modismos siempre están a dos velas. A dos aguas. Los modismos son y están divertidos. Meterse en dibujos, hacer cábalas. Dar vela en el entierro. Atar los perros con longanizas. En todos los lados cuecen habas. Hay modismos que rozan el refrán. Prender con alfileres una cosa.

Hacer un castillo de un grano de arena. ¿Quién ha inventado cada modismo? ¿Es el genio anónimo y popular del propio idioma? Yo

escucho ahora muchas veces el aforismo de Gracián, lo bueno si breve, dos veces bueno, y la gente lo considera anónimo, dicho popular. Tal vez todos los modismos son Gracianes olvidados. Autorías desvaídas. Fondo común del idioma.

Las cañas se vuelven lanzas. Hacer uno de su capa un sayo, es ir a su aire, tener libertad de acción para remozar su vida y sus cosas. Benet usaba el modismo —alancear el bausán— combatir en falso.

En su *Leibniz* dice Ortega que Descartes se hizo una filosofía para andar por casa. Ahí tenemos otro buen modismo. Un saber casero a la medida humana. Descartes hace de su capa jesuítica un sayón errante y vagabundo por Europa. De su capa francesa un sayo holandés y sueco. Pero acaso esto sea forzar el modismo. ¿Cómo hacer que un modismo sea pensamiento fluido y espontáneo?

Hay modismos vulgarotes y castizos como cortar el bacalao. Existe el pánico snob al román peregrino o jerga de mercado y taberna, que demuestra que ciertos petimetres pseudokantianos no han leído a Platón ya que Sócrates —o el personaje platónico llamado Sócrates— alardeaba de razonar en castizo, usando el lenguaje crudo y duro de la calle. No tenía miedo a las palabras mugrientas. El modismo tiene mucho de ese legado callejero secular del pensamiento popular o anónimo.

¿Quién fue el primer español que usó e inventó el modismo entre galdosiano y solanesco de cortar el bacalao? ¿Quién fue el ferrón o herrero que como un Berceo de fragua acuñó o majó el modismo majar en hierro frío, que utiliza Cervantes en su Quijote? Un idioma es un enigma y espejo constante de su misterioso pasado. Pero volvamos al endeble telar del presente. Los modismos brotan casi a borbotones en el uso cotidiano del español. Raro es quien no usa un modismo cuando

necesita violentar su expresión. Se acerca al taco o palabrota en ese sentido de esquirra o balazo verbal. Pero el modismo apunta en otra dirección, quiere colmar o apresar en una fórmula espontánea y fulminante el sentido del problema. Ir al grano. No meterse en dibujos. No marear la perdiz. ¿Se ve cómo es pensamiento acelerado, razón rauda? Recuerdo ahora dos usos de alcurnia modismeña. Julián Marías le dijo a Ortega que su *Leibniz* le dejó a media miel o con la miel en los labios. Faltaba rematar la faena. La campanada final. No es fácil —parece ser— dar carpetazo final a un libro de filosofía. Todo aprendiz de Platón o de Kant tira la toalla. Y no sólo los novatos y aprendices; tira la toalla Heidegger y la tira Ortega. Y si ellos la tiran, ¿quién resiste todo el combate, quién se queda en el ring griego hasta aventurarse a ver las estrellas?

Pero veamos un supuesto real. Acabo de escuchar el timbre en la puerta y sospecho que pueda ser el cartero con un libro esperado. Voy a abrir y no hay tal cosa. Mi gozo en un pozo. Este modismo es extraordinario. Expresa la decepción repentina de forma incomparable y brillante. Es como si el globo del deseo se desinflase de golpe y cayese uno en la miseria más absoluta. La rima añade además un matiz de socarronería vital inmensa. Un modismo muy estoico. El placer es humo, pozo de alcazaba.

Pero frente a ese lado cenizo del modismo pocero, de agua al cuello, en que uno debe hacer de tripas corazón —qué joya de modismo— nunca tarda mucho en asomar su cresta un modismo pinturero y majo, que expresa todo lo contrario, la alegría pura y sin tacha. ¿Hay mejor modismo festivo que tirar la casa por la ventana?

La gracia del buen modismo es que nos deja de una pieza. Estatua de modismo. Absorto y ensimismado en el duende del modismo. Podría pensarse que tal conducta es propia de un

pensamiento tópico, en que la losa anónima del idioma nos lapida y momifica durante su impacto. Creo que es todo lo contrario. El buen modismo nos ilumina con su fognazo lógico de fanal de oro del idioma. Mi gozo en un pozo. Tirar la casa por la ventana. Qué maravillas. ¿Quiere el lector un gramo de audacia e innovación en el modismo? Aquí lo tiene. Jorge Guillén diría, mi moza en una poza. Y ya no quiere decir lo mismo. Es un baño de Diana a lo Renoir. Tirar el cuerpo por los ojos. Salírsele a uno el alma por la boca. Ir con el corazón en la mano. Comerse con los ojos la belleza es un modismo de lujo. Ojos capaces de dentellada es una imagen feroz y magnífica.

Los modismos corporales o anatómicos son preciosos. No es lo mismo meter la pata que meter mano. Ni andar de puntillas que salir pitando o echando fuego. Meter las narices que caerse de oreja. La feria del modismo no cesa. El modismo es siempre víspera de lo desconocido. Puerta del idioma y portón radiante de la realidad. Es nuestra forma de acotar el campo del futuro para no perdernos en su pavorosa novedad. Cada día viene a su aire y sin avisar. El modismo nos da el andamiaje o urdimbre empírica del idioma latente y urbaniza de modo somero el sendero indeciso de cada ahora inédito. Pensar es hoyficar y resumir a cada paso todo el pasado en píldora feliz. Puede pasar todo, cualquier cosa, y cada uno somos linterna de razón en lo nunca visto. Los modismos saltan como tigres retóricos para ser como bengalas en la noche. Son puntos irónicos en el paisaje bronco de lo nuevo que nos dicen o susurran —¿es todavía así, valen mis palabras para tu presente?— y nada más, el resto es cosa nuestra.

Leo un antiguo artículo de Benet y encuentro: sin embargo, la historia sigue en sus trece. Son muy tercos los modismos de erre que erre. Parecen modismos maños. No dar el brazo a torcer. Empeñarse es hacerse roca una idea. Y frente al modismo pertinaz y cabezón, su polo

opuesto. Cambiar de chaqueta, ser un veleta, ser culo de mal asiento, bailar el agua, seguir la corriente. Quizá el mejor de esta serie sea el magnífico bailar el agua.

Hay modismos de tahir como sacarse de la manga algo, un as. Y los hay de ajedrez, dar jaque mate. Poner en jaque, arrinconar. Y los hay de espadachín rufo y farruco, poner entre la espada y la pared. Es un verdadero tesoro colectivo muy desdeñado por los ilustrados. Si el refrán es el adagio rústico, quizá el modismo es la intuición hecha fórmula expresiva de la vida callejera de las ciudades. Sabiduría de rastro, de mercado. No sé.

En nuestro tiempo motorizado se dice que alguien nos quiere vender una moto. Le han vendido una moto, por dar el pego o estafar. Es lo mismo que darla con queso.

Y como vivimos en tiempos electrificados a todos se nos cruzan los cables o se nos funden los plomos. Somos mentes eléctricas, al parecer. Y si vamos en coche, en un Ford, luego en la vida resulta que tenemos un pinchazo, un reventón, en ruedas que no se ven. Ni tienen fácil arreglo. Tener el radar en marcha, se dice, como si cada persona fuese un aeródromo casero, una pantallita en el desierto.

Los modismos tienen siempre su pátina de época y evocan una atmósfera, un moho histórico tenaz o desvaído. Es difícil imaginar antes de la era del gramófono un modismo como ser un disco rayado, una persona que erre que erre, siempre está con la misma monserga. Y cuesta mucho imaginar antes del ferrocarril el cómico modismo, perder el tren o ser el vagón de cola. En ese sentido cada tiempo tiene su modismo, cada invento genera una inmensa atención y provoca una fórmula verbal muy expresiva que resume acaso miles de experiencias anónimas o tal vez una aventura individual extrema.

Lo mejor de los modismos es que los más antiguos ya no se entienden. ¿Qué origen tiene estar en la higuera? No sé si es estar a la sombra echando la siesta, o si significa estar subido a sus ramas comiendo higos como un descosido. En ese sentido quien de veras está en la higuera soy yo, pues desconozco qué acción se oculta tras tan gráfica y frondosa expresión. Estar en la higuera. Qué modismo.

Hay un modismo que suena a comedia de Lope o entremés cervantino. Ir de capa caída.

¿Qué significa en verdad, dar calabazas? ¿Y qué estar en el ajo? No tengo la menor idea.

Quizá lo mejor de un ensayo es la libertad de rondar un asunto y saber que uno lo va a dejar intacto. Que uno está in albis o a dos velas y que el problema está ahí frente a uno, más chulo que un ocho.

El español es un personaje muy comediante y lleno de aspavientos, menos teatrero que el italiano, pero así y todo, muy propenso a la exageración y al dramón de rompe y rasga. Es una pena que no hubiera toreros barrocos. Góngora y Velázquez o Cervantes no sabían lo que es un torero. Los toreros son dieciochescos y Goya es su primer retratista. En ese sentido y en sus tauomaquias, Goya es el primero que coge el toro por los cuernos. Es el modismo clave de los toros. Ponerle el cascabel al gato es una niñería comparado con agarrar al toro por los cuernos. Así lo hacen los forçados lusos, y es posible que sea modismo luso que España ha hecho muy suyo.

Es extraordinario el cúmulo de modismos que saltan en el curso de una conversación desenfadada y coloquial en español. Montar un belén, romper la baraja, ser cuatro gatos, hacer buenas migas, tirar de la manta, hacer una escabechina, pasar un calvario, acabar como el rosario de la aurora, liarse la manta a la cabeza, ir como un cristo, estar en la luna. Resulta muy

difícil elegir uno y sacarle el jugo o exprimirlo como una naranja. Zumo de modismo.

Lo majo del modismo es su brío para improvisar de un plumazo una estampa, un microdrama, un callejón sin salida.

Por ejemplo, el magnífico modismo —hacer sombra— que alude al miedo al gigante cercano, al coloso que nos anula y borra del panorama. Es como ese afán de protagonismo —salir en la foto— de los eternos figurones. Ser el muerto en el entierro, el novio en la boda, y el niño de teta en el bautizo. Un día es un día. Una cana al aire.

Eran dos y el de la guitarra. Es imposible competir con la fuerza expresiva y sintética de un buen modismo.

Los modismos tienen algo de cartón goyesco del idioma. Dos y el de la guitarra. Lo malo del modismo es su vertiente más cruda y chocarrera. Es inimaginable un modismo más bárbaro que llevar a una persona como puta por rastrojo. Es cómico de tan brutal. Pero refleja el lado sádico del idioma. Es como los modismos de secano. Don Quijote del Secano, eso quiere decir La Mancha, La Seca. Abogado de secano, chupatintas, matasanos, picapleitos. Pero esta es otra historia.

Ser el último gato. Vérselo a uno la cresta o el plumero. De nuevo el rasgo pictórico del idioma, el pincelazo verbal. Poner una pica en Flandes. Hacer el indio, el primo, el ganso. Ser un bartolo, un destripaterrones, un prófugo del arado, un cantamañanas.

Robarle a un ciego la cartera. Ir de copas. No pegar oreja en toda la noche. Irse con el rabo entre las piernas. Dar un sablazo. Estar hasta las narices, la coronilla. Tener el agua al cuello. Llevar los testículos de corbata. Cara de pocos amigos. Cara larga.

Nunca se sabe qué modismo será el siguiente, porque la realidad no repite sus tiradas de dados. No se sabe y donde menos te piensas salta la liebre. Es así la cosa. No se sabe por dónde van los tiros. La realidad nos hace cisco, migas, y los planes son humo. La realidad tira con bala. Lo más atractivo del fenómeno de asistir al brote o irrupción del modismo, reside en que uno está desorientado y ve liebres a todas caras. ¿Qué va a pasar ahora? No tiene ni idea, claro, pero la virtud máxima del modismo consiste en que es una bengala de oro en la noche. Un fogonazo de claridad en la tormenta.

Es como dar vueltas en torno a una escultura infinita. Cada paso es un escalón, un peldaño, un modismo en la busca de la imagen redonda de lo real. Pero como ni el tiempo ni la vida admiten una eterna espera, sino que requieren soluciones rápidas, el modismo es tirar por la calle del medio, improvisar una razón de urgencia, razón de azar. Razón sobre ascuas. Con alfileres, en la cuerda floja. Todos los buenos modismos tienen el temblorcillo de lo real, sin trampa ni cartón. El refrán o el aforismo están de vuelta, atufan a lo consabido y latoso de la realidad previsible. Mientras que el modismo es la cresta de la duda. La realidad puede salirnos rana, no ser trigo limpio, pero lo mejor es la víspera del modismo, el minuto en que todo puede pasar y la ilusión se echa al monte de lo posible. Cada modismo es una greguería de museo, un erizo paradójico de insólita oquedad expresiva. Tienen algo de cascarones barrocos del idioma, capaces de evocar como nadie la tremenda energía de lo real.

Estar en la boca del lobo, verle los dientes. ¿Cabe mayor expresividad de un problema? Plantar cara, meter las narices, poner el dedo en la llaga, meter la pata, andar de culo, echar una mano. Nuestro cuerpo es un torbellino de mil formas que se amolda al cauce de cada momento nuevo de lo real. A veces a

regañadientes y a veces loco de contento. Se nos cae la baba de gusto cuando la realidad nos complace. O se nos pone cuesta arriba y se nos atraganta y entonces es menester dejarse la piel, echar la lengua, el resto.